

Sociabilidad y mirada cara a cara según Georg Simmel.

Lambruschini y Patricia.

Cita:

Lambruschini y Patricia (2014). *Sociabilidad y mirada cara a cara según Georg Simmel. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-099/66>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCvm/kFs>

Sociabilidad y mirada cara a cara según Georg Simmel

Patricia Lambruschini

Facultad de Ciencias Sociales – UBA

p_lambruschini@hotmail.com

Introducción

Georg Simmel fue uno de los precursores del pensamiento sociológico y uno de los teóricos que más reflexionó sobre los cambios socioculturales en el contexto de la Modernidad. El autor estudió especialmente las consecuencias del capitalismo sobre la vida cotidiana y la reificación creciente de los vínculos intersubjetivos que éste trajo aparejada.

Partiendo de esto, el presente trabajo se propone analizar dos formas peculiares de socialización destacadas por el autor: la *sociabilidad* y la *mirada cara a cara*. A tal fin, en la primera parte se realiza un breve esbozo de los elementos básicos sobre los cuales el autor funda su Sociología “pura” o “formal”, para abordar posteriormente estos dos tipos de socialización y el lugar que ellos ocupan en el contexto de la vida moderna.

La Sociología como ciencia: objeto y método

En el año 1908 Georg Simmel escribe su obra *Sociología. Estudios fundamentales sobre las formas de socialización*, mediante la cual busca fundar a la Sociología como una ciencia, estableciendo cuáles deben ser su objeto y su método particulares, que la distinguirán de otras disciplinas.

En las primeras páginas del texto se entrevé una discusión que signó fuertemente al ámbito académico de esos años y que tiene que ver con la diferencia entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. Frente a los intentos positivistas de trasladar mecánicamente la metodología de aquéllas al estudio de los seres humanos y frente a la proliferación de las metáforas organicistas a la hora de analizar la sociedad, surge otra corriente que rechaza estas posturas reivindicando la especificidad de los fenómenos sociales y la necesidad de un método distinto para abordarlos. Esta corriente (en la que uno de sus máximos exponentes es Dilthey) plantea que, a diferencia de las ciencias de la naturaleza cuyo objetivo es *explicar*, las ciencias del espíritu deben *comprender*, su método es la hermenéutica. Simmel se inscribe en este campo y, si tenemos en cuenta la fuerte influencia

que el darwinismo social había ejercido en su pensamiento anterior, podemos decir que, al hacerlo, también realiza una ruptura consigo mismo.

En la obra mencionada, Simmel sostiene que la Sociología no es todavía una ciencia, en la medida en que no se ha dado un objeto propio. Hasta ese momento y, por ser ella nueva, se la ha concebido como la “ciencia de todo lo humano” y han caído en su seno una multiplicidad de problemas que eran difíciles de ubicar en otras disciplinas. En relación a éstos y en relación a otras ciencias humanas, ella ha funcionado meramente como un método. En efecto, “por cuanto se funda en la idea de que el hombre debe ser comprendido como ser social y en que la sociedad es la base de todo acontecer histórico, no contiene la Sociología ningún *objeto* que no esté tratado ya en las ciencias existentes, sino que es sólo un nuevo camino para todas ellas, un método científico que, justamente por ser aplicable a la totalidad de los problemas, no constituye una ciencia por sí.”¹

Llegado a este punto, el autor sostiene que si la Sociología quiere devenir una ciencia verdaderamente, debe hacer de la sociedad su objeto de estudio... Ahora bien, ¿qué entiende él por “sociedad”?

La socialización

Al analizar el concepto de sociedad, Simmel distingue entre la *forma* y el *contenido* o *materia* de la misma, aunque éstos se presenten unidos en la realidad. El contenido es lo que impulsa a los individuos a ejercer una acción sobre otros o a recibir sus influjos, son las distintas motivaciones que llevan a los seres humanos a unirse pero, en sí mismas, son previas a lo social. La forma es lo que constituye la sociedad propiamente dicha y viene dada por la interacción social. La misma supone que se produzca un “intercambio de efectos” entre las personas intervinientes en la relación, es decir, implica que éstas se influyan mutuamente. Los individuos entran en acción recíproca movidos por determinados intereses o fines y de este modo forman una unidad, una asociación en donde éstos se realizan. A estas acciones recíprocas, Simmel las denomina *socialización*.

En consecuencia, si la Sociología tiene por objeto la sociedad, debe estudiar lo que hace que la sociedad sea tal, es decir, las distintas formas de socialización². En su investigación de los fenómenos sociales, la Sociología debe abstraer las formas puras de socialización y

¹ Simmel, G., *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1939, págs. 11 y 12.

² “(...) El problema sociológico se propone tan sólo abstraer lo que en el fenómeno complejo que llamamos vida social es realmente sociedad, es decir, socialización. La sociología toma este concepto en su máxima pureza, alejando de él todo aquello que si bien sólo en la sociedad puede obtener realización histórica, no constituye empero la sociedad como tal (...)”. *Ib.*, pág. 51.

someterlas a una síntesis. Debe observarlas, ordenarlas de un modo sistemático, analizar su fundamentación psicológica y su evolución a lo largo de la historia.

Este planteo implica una ruptura con la ciencia social de ese momento, que se limitaba a observar organismos e instituciones en los que el flujo vital se encuentra ya cristalizado. Simmel, en cambio, focaliza en lo dinámico del acontecer social, busca estudiar la sociedad en *status nascens*. De lo que se trata es de “descubrir los hilos delicados de las relaciones mínimas entre los hombres, en cuya repetición continua se fundan aquellos grandes organismos que se han hecho objetivos”³; esto es, se trata de concentrar la atención en la multiplicidad de relaciones recíprocas entre los hombres que constituyen permanentemente el entramado social. De este modo, la propuesta de Simmel representa una alternativa frente a los planteos enfocados exclusivamente en los fenómenos macro-sociales, en la medida de que su objetivo fundamental es dilucidar los procesos “microscópico-moleculares” en que aquellos se originan. Esto no implica que deje de lado el estudio de las formaciones cristalizadas; significa solamente una extensión de la Sociología hacia horizontes hasta ese momento inexplorados.

El método intuitivo

En relación al método del cual debe valerse el sociólogo para analizar los fenómenos sociales, Simmel también realiza una propuesta original y los distintos estudios incluidos en *Sociología* son ejemplificaciones de cómo aplicarlo.

Esta metodología, que él caracteriza como “intuitiva”, consiste en una forma particular de mirar. Se trata de distinguir, en los fenómenos estudiados, la forma del contenido. Esta distinción surge del análisis que realiza el sociólogo, ya que ambos elementos están fusionados en la realidad. La tarea del sociólogo consiste en interpretar las formas de acción recíproca y el primer paso en este camino está dado por la necesidad de separar, en los fenómenos que estudia, el hecho puro de la socialización de lo que constituyen sus fines y que, en sí mismos, son previos a lo social. Posteriormente, también podrá analizar si se trata de una relación simétrica o asimétrica, mediata o inmediata, etc.

La necesidad de diferenciar la forma del contenido está justificada porque los mismos no son esenciales, sino que son mutuamente cambiables: una misma forma de socialización puede tener contenidos distintos y un mismo fin o interés puede realizarse en distintas formas de socialización.

³ Ib., pág. 27.

La Sociabilidad

Hemos visto que la socialización son las distintas formas de acción recíproca entre los hombres y que su rasgo característico es que, en ellas, los individuos se unen movilizados por determinados intereses u objetivos que se realizan dentro de la unión. De esta manera, la interacción funciona como un medio para alcanzar un fin determinado.

En relación a este punto, cabe destacar que los contenidos con que se llena la vida no son arbitrarios, sino que tienen origen en las situaciones y necesidades que plantea la vida práctica.

En *Cuestiones fundamentales de sociología*, Simmel se aboca al análisis de una forma muy peculiar de socialización que él denomina *sociabilidad*.

A diferencia de lo que sucede en otras formas de interacción, aquí, la unión de los individuos no se explica por motivos exteriores a ella misma. La sociabilidad se caracteriza porque los individuos se asocian por el sólo hecho de estar juntos, por el sólo goce que les produce estar con otros. Se trata de una forma de socialización alegre y gratificante, que resulta del impulso de los individuos a la sociedad: el fin que los mueve a unirse y se agota en la relación, es la propia relación.

De este modo, y de un modo similar a lo que sucede en otras esferas de la vida aparte de la social, en la sociabilidad se produce una autonomización de la forma respecto del contenido. Aquí, el puro proceso de socialización se desprende de todo contenido ajeno y ligado a las finalidades de la vida práctica y deviene un fin en sí mismo; la forma de la existencia social se independiza de la materia y “adquiere vida propia”. Por esta razón Simmel dice que la sociabilidad es la *forma lúdica de la socialización*, porque al quedar disueltos todos los contenidos, se produce un puro juego de formas. Y si en los distintos tipos de sociabilidad generalmente se le da tanta importancia a las “buenas formas”, se debe precisamente a que, en ella, la socialización se echa a andar libre de ataduras, y en consecuencia se produce una acentuación de la forma pura, del mutuo determinarse, de la acción recíproca.

Esta forma peculiar de interacción tiene, sin embargo, límites muy finos más allá de los cuales no puede pasar sin dejar de ser tal. Por un lado, la individualidad de quienes intervienen en ella no debe estar demasiado marcada y en este sentido es fundamental el *sentido del tacto*, “porque guía la autorregulación del individuo allí donde no hay intereses externos o inmediatamente egoístas que puedan asumir la regulación”⁴. Tanto los rasgos puramente subjetivos, como el carácter o el estado de ánimo; como las significaciones

⁴ Simmel, G., *Cuestiones fundamentales de sociología*, Gedisa, Barcelona, 2002, pág. 85.

objetivas que la persona pueda tener por fuera de la propia relación, tales como la posición social o el prestigio, deben quedar excluidos de la acción recíproca. Por otro lado, y como se desprende de lo que hemos dicho anteriormente, la interacción no puede basarse en una finalidad objetiva exterior a ella misma. Estos son los “umbrales de la sociabilidad”: en la medida en que la acción conjunta de los hombres se mantenga dentro de estos márgenes, habrá sociabilidad. De otro modo, si las cualidades individuales se manifiestan desembozadamente o si los motivos de la relación van más allá de ésta, la sociabilidad pierde toda su singularidad, con lo cual, nos enfrentamos a una socialización como cualquier otra.

Otro elemento que distingue a la sociabilidad respecto de otras formas de socialización es que sólo puede darse entre iguales. En primer lugar, ella se produce al interior de una misma capa social ya que, generalmente, una sociabilidad entre personas pertenecientes a distintas clases sociales resulta “contradictorio y bochornoso”. Pero, por otro lado, hay una nivelación de los individuos intervinientes en la relación gracias a la supresión de los elementos puramente personales y los puramente objetivos de los que hemos hablado. La igualdad que se genera a partir de esto es una igualdad de los individuos en tanto seres sociables quienes, a su vez, tienen los mismos derechos. En efecto, el principio que la sociabilidad expresa es que “cada cual ha de *conceder* al otro aquel máximo de valores sociables (de alegría, descarga, vivacidad) que es compatible con el máximo de los valores *recibidos* por uno mismo”⁵; la felicidad y la satisfacción del individuo en la interacción, dependen de que éstas se den igualmente en los demás.

Según Simmel, este hecho muestra la naturaleza profundamente democrática de la sociabilidad, pero muestra asimismo el carácter artificial de la realidad que ella crea. En efecto, el mundo que esta forma peculiar de socialización construye es un mundo ideal, ya que es el único donde es posible una democracia sin fricciones de individuos que poseen los mismos derechos. De este modo, la sociabilidad “es el juego en el que <<se hace como si>> todos fueran iguales y al mismo tiempo como si se hiciera honor a cada uno en particular”⁶

Evidentemente, el carácter “irreal” de la sociabilidad se debe a la propia esencia de este fenómeno, que consiste en que la interacción excluye de sí las cuestiones que la atan a la realidad práctica y se mueve en un reino aparte según sus propias leyes. Sin embargo, esto no debe hacernos pensar que la sociabilidad implica un desprendimiento absoluto de la vida. Por el contrario, los movimientos de este reino sólo se explican por la vivacidad de los individuos reales; por sus sentimientos, impulsos y atracciones, de los cuales aquél se nutre. Así pues, la

⁵ Ib., págs. 87 y 88.

⁶ Ib., pág. 90.

sociabilidad implica una liberación respecto de la vida pero, a su vez, la contiene. Si la sociabilidad cortase todos los hilos que la unen a la vida, recaería un mero juego de formas vacías y se volvería totalmente superficial.

Finalmente, cabe destacar que Simmel señala como ejemplos de esta forma lúdica de la socialización al juego, a la coquetería y a la conversación. Al analizarlos, el autor no sólo describe las especificidades de cada uno de ellos, sino que pone un especial énfasis en los umbrales más allá de los cuales estos no pueden pasar, sin dejar de ser sociabilidad.

La mirada cara a cara

En un pasaje de *Sociología*, Simmel realiza una bellísima reflexión sobre la acción recíproca de los hombres que se miran mutuamente. Se trata de otro tipo peculiar de socialización, que él caracteriza como “la reciprocidad más perfecta que existe en todo el campo de las relaciones humanas”⁷

Su análisis de la mirada cara a cara se da en el contexto de una sociología de los sentidos, en donde plantea que la percepción sensorial se desarrolla en dos direcciones. Por un lado, la impresión sensible de otro hombre nos provoca sensaciones de agrado o desagrado, es decir, desata en nosotros una reacción del sentimiento que, sin embargo, no nos permite conocerlo. Pero por otro lado, las impresiones sensibles pueden actuar como un medio para el conocimiento del otro. En este caso la situación es diferente, ya que lo que sentimos funciona como un puente mediante el cual llegamos al otro como nuestro objeto de conocimiento. En relación a esto, cabe destacar que a diferencia de lo que sucede cuando nos enfrentamos a objetos no humanos, en donde estas dos direcciones de la percepción están escindidas y acentuamos una u otra de ellas; cuando tenemos impresiones de otros hombres, las mismas se encuentran indisolublemente unidas y condicionan conjuntamente nuestras relaciones con el prójimo.

Al estudiar la función sociológica de la vista, Simmel nos remite a la relación que entablan quienes se miran mutuamente y nos habla de ella como la interacción “más inmediata y más pura” que existe. Esta particularidad se debe a que la interacción cara a cara no tiene un contenido objetivo ni se materializa en una forma objetiva. En ese sentido, se diferencia del resto de las formas de socialización, incluso de la palabra hablada, la cual posee una significación objetiva que puede transmitirse de otro modo. La acción recíproca de quienes se miran, en cambio, se da en la más absoluta inmediatez y la unión sólo tiene lugar en el

⁷ Simmel, G., *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1939, pág. 239.

proceso vivo de mirarse mutuamente a los ojos. En efecto, como sostiene Simmel: “la vivísima acción recíproca en que entran los hombres al mirarse cara a cara no cristaliza en productos objetivos de ningún género; la unidad que crea entre ellos permanece toda en el proceso mismo, sumida en la función”⁸.

Como se ve, y de un modo similar a lo que planteábamos antes acerca de la sociabilidad, los límites de la interacción cara a cara también son sumamente finos. Su grado de inmediatez es tal, que el más mínimo corrimiento de la mirada destruye la relación. Para que exista esta interacción, es indispensable que los individuos intervinientes se miren uno al otro; en la medida en que uno de ellos baje la vista, la unidad que se había creado cesa. Así, esta forma peculiar de socialización queda atrapada en el camino que va de los ojos de uno a los ojos del otro y cuando este estrictísimo margen es violado, la interacción de quienes se miran mutuamente muere sin dejar rastro alguno.

Si bien la presencia de estos “umbrales” nos llevan a asociar la sociabilidad a la mirada cara a cara, ésta se distingue de aquélla por el hecho de que tiene un contenido ligado a la vida práctica. No debemos olvidar que Simmel analiza esta forma de socialización en relación a la función de conocimiento, lo cual la diferencia de la mera visión u observación de los demás. En este sentido, podemos decir que la finalidad de la acción recíproca de quienes se miran es el conocimiento del otro y si la unidad así generada tiene un carácter tan íntimo, esto se debe a la expresividad de la mirada. Porque en la mirada que uno dirige al otro con el objetivo de conocerlo y que el otro recibe, también se manifiesta uno a sí mismo. Al mirarse a los ojos, los individuos que intervienen en la relación quedan en una posición de igualdad en la que ambos están en condiciones de conocer, pero también de ser conocidos. Simmel describe esto en frases de una enorme belleza: “En el mismo acto en el que el sujeto trata de conocer el objeto, se entrega a su vez a este objeto. No podemos percibir con los ojos sin ser percibidos al mismo tiempo. La mirada propia revela al otro el alma, al tratar de descubrir el alma del otro”⁹.

A raíz de esto, se explica por qué Simmel caracteriza a la interacción cara a cara como “la reciprocidad más perfecta” y es que sólo podemos conocer al otro en la profunda mutualidad que esta relación implica. También se comprende por qué bajamos los ojos cuando nos sentimos avergonzados y es que, al hacerlo, vedamos al otro su posibilidad de conocernos.

Simmel sostiene que el tipo de conocimiento generado por la vista es muy peculiar y esto se debe a que el objeto de la mirada entre los individuos es el rostro. Por un lado, el rostro es el

⁸ Ib., pág. 238.

⁹ Ib., pág. 239.

símbolo de toda la experiencia que la persona trae consigo, en él se halla cristalizado su pasado bajo la forma de rasgos fijos. Cuando miramos a otro, sabemos desde el primer momento con quién nos enfrentamos (aunque sea vagamente), ya que en su cara aprehendemos su individualidad más profunda y permanente. Pero, al mismo tiempo, el rostro se entrega a una diversidad de impulsos momentáneos. De este modo, la esencia general del individuo se expresa bajo el tono particular de un estado de ánimo. En consecuencia, la especificidad del conocimiento que nos proporciona el mirar a otro a la cara, tiene que ver con que en ella se manifiestan simultáneamente lo más fijo y lo más variable de su alma.

Hemos señalado a la inmediatez y a la vivacidad como los rasgos que caracterizan a la mirada cara a cara. Teniendo en cuenta los planteos que hace Simmel en *El conflicto de la cultura moderna*, podemos decir que el problema que él veía en las tendencias culturales de su época, se produce aquí irremediablemente: en la relación que entablan quienes se miran, la vida permanece como pura inquietud y se rehúsa definitivamente a cristalizarse en una forma objetiva. A raíz de esto, podemos comprender por qué el autor sostiene que, a diferencia de lo que sucede con lo que oímos, prácticamente no recordamos lo que vemos. Y es que la palabra hablada, al igual que la cultura, implica una objetivación y, por esta razón, recordamos lo que oímos y podemos hacer una historia de la cultura. A contramano de lo que en ellas sucede, la acción recíproca de mirarse mutuamente rechaza toda materialización en formas y, en consecuencia, casi no deja huellas en nuestra memoria.

Sociabilidad y mirada cara a cara en el contexto de la vida moderna

Si realizar un análisis detallado de los planteos de Simmel acerca de los rasgos propios de la vida moderna, excede ampliamente los márgenes de este trabajo, nos parece importante delinear cuáles son las principales tendencias que él destaca.

La moderna sociedad capitalista es una sociedad signada por la pérdida de la totalidad y por una creciente fragmentación de la vida en distintas esferas, cada una de las cuales posee una racionalidad propia. Pero, a su vez, es una vida crecientemente colonizada por el dinero. En efecto, la racionalidad del cálculo invade los distintos ámbitos de la vida y destruye progresivamente sus distintas lógicas. Se produce, de este modo, la extensión de una racionalidad que privilegia los medios por sobre los fines a alcanzar.

La vida moderna es, precisamente, una vida en donde aumenta la mediatización, en donde los medios se multiplican de un modo creciente y mucho más rápido que los fines. Como consecuencia de esto, la cantidad de medios que se interpone entre los deseos y los fines de

los individuos es cada vez mayor y, a su vez, las relaciones sociales entre ellos se mediatizan cada vez más. En la sociedad capitalista el dinero se erige en el medio por excelencia para alcanzar cualquier fin y, de esta manera, se extienden las relaciones mercantilizadas y asimétricas. Pero, por otra parte, este medio que conecta a todos con todos también puede ser un fin en sí mismo, dando lugar al egoísmo más profundo.

Finalmente, se trata de una realidad marcada por la enajenación y en donde la separación entre el sujeto y el objeto no se limita a la esfera productiva. La alineación y reificación del sujeto que se produce como consecuencia de la división del trabajo también se extiende al ámbito de la cultura. En efecto, en la modernidad, la cultura objetiva crece mucho más rápidamente que la capacidad del sujeto para apropiársela. De esta manera, se produce una autonomización de los objetos respecto de los sujetos que los han creado y el sujeto, que necesita del objeto para cultivarse, ve dificultada esta tarea y no logra recuperar el sentido total de la cultura de su época.

Teniendo en cuenta estas características de la sociedad moderna, el hecho de que Simmel se dedique a analizar formas de socialización tales como la sociabilidad o la mirada cara a cara resulta, cuanto menos, provocador. Porque son precisamente este tipo de relaciones las que tienden a ser destruidas por la sociedad capitalista.

En un contexto dominado por la competencia y la racionalidad calculadora, Simmel estudia una interacción en donde los individuos se unen por el sólo el placer y la felicidad que les genera estar juntos. En un contexto en donde las relaciones sociales están cada vez más mediatizadas, Simmel analiza la relación humana más inmediata que existe. En un contexto, en fin, en donde reinan la asimetría y la alineación, Simmel estudia estas dos formas de acción recíproca que se caracterizan por poner a los sujetos en una posición de igualdad y en donde predomina el mutuo reconocimiento.

Atendiendo a esto, podemos decir que tanto la sociabilidad como la mirada cara a cara tienen un efecto liberador en el seno de las sociedades modernas, ya que ambas nos permiten escaparnos a sus tendencias.

En definitiva, creemos que el estudio de estas dos formas peculiares de socialización por parte de Simmel debe ser entendido como una denuncia y una contraposición a las tendencias de la sociedad moderna y como el programa de un autor que no considera la realidad histórica y las formas de acción recíproca existentes como una fatalidad sino que, por el contrario, cree en la posibilidad de su modificación y su reemplazo por formas alternativas¹⁰.

¹⁰ “(...) Sería una especulación ociosa intentar imaginar en detalle cómo pueda ser esta otra forma de vida; pero el darnos cuenta de que en principio es posible, nos libra del dogma de que la forma de socialización humana que conocemos es algo evidente y, por decirlo así, indiscutible (...) La investigación histórica ha eliminado ya este dogma en lo que se refiere a las grandes formas sociales particulares (...)”

Conclusión

A lo largo de este trabajo, hemos visto los elementos fundamentales sobre los cuales Simmel erige a la Sociología en una disciplina científica, señalando a las formas de socialización como el objeto de estudio de la misma y al método de distinguir entre forma y contenido, como su procedimiento específico.

Hemos planteado que la socialización son las formas de acción recíproca entre los hombres y que se caracterizan porque los individuos se unen movidos por determinados fines o intereses ligados a la vida práctica, que se realizan en el seno de la asociación.

Teniendo en cuenta estas características de la socialización, procedimos al análisis de dos formas peculiares de acción recíproca, cuyos rasgos fundamentales destacamos a continuación.

Hemos visto que lo que distingue a la sociabilidad del resto de las formas de socialización es que, en ella, los seres humanos se asocian por la alegría que les provoca el estar unos con otros. La pureza de esta relación se debe a que, aquí, la acción recíproca se desprende de los contenidos asociados a la vida real y se convierte en un fin en sí misma.

La acción recíproca de los individuos que se miran mutuamente, por su parte, sí tiene una materia ligada a la vida real y es el conocimiento del otro. Sin embargo, se distingue de otras formas de socialización por su inmediatez, por el hecho de que no engendra ni un contenido ni una forma objetivos.

Estas dos formas de acción conjunta tienen algunos elementos en común. En primer lugar, ambas tienen límites muy delicados más allá de los cuales no pueden pasar sin perder su peculiaridad. En segundo lugar, las dos ponen a los individuos en una posición de igualdad. En la sociabilidad, esto se da mediante la exclusión de la interacción de los rasgos puramente personales y de los contenidos objetivos ajenos a la propia relación. En la mirada cara a cara, esto se debe a que los individuos intervinientes en la relación están en iguales condiciones de conocer y ser conocidos al mismo tiempo. Por último, ambas formas de socialización son formas de una pureza extrema, esto es, en ellas hay un predominio absoluto de la acción recíproca. En la sociabilidad, porque el encontrarse y estar con otros es un valor en sí mismo. En la interacción cara a cara, porque en el mirarse a los ojos no hay nada que no sea mutuo, ella es “la reciprocidad más perfecta”.

Pero la cuestión no se ha planteado aún con referencia a las funciones generales sociológicas, que tienen lugar de hombre a hombre. Las relaciones primarias, inmediatas, de que luego dependen todos los organismos de orden superior, parecen tan solidarias con la naturaleza de la sociedad en general, que hacen olvidar que sólo son solidarias con la naturaleza del hombre y que deben ser explicadas por las particulares condiciones de éste.” *Ib.*, págs. 242 y 243.

Finalmente, analizamos el lugar que estas dos formas de socialización ocupan en la vida moderna e interpretamos su estudio por parte de Simmel como una contraposición a las tendencias de la misma.

Bibliografía

- Simmel, G., *Cuestiones fundamentales de sociología*, Gedisa, Barcelona, 2002.
- Simmel, G., “Concepto y tragedia de la cultura moderna” en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Península, Barcelona, 1988.
- Simmel, G., *El conflicto de la cultura moderna*, Facultad de derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1923.
- Simmel, G., *Filosofía del dinero*, Instituto de estudios políticos, Madrid, 1977.
- Simmel, G., *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1939.